

BUSCANDO A ANABEL

Como bien sabéis, hace años que tengo como mascota a una oveja; que por nombre, siempre que quiere o le da la gana, responde al de Anabel. La he perdido... La he perdido...

Todo empezó después de aquel dramático día en que, habiendo encargado comida libanesa a domicilio, y siendo el repartidor un joven de buen parecido, tras abrir la puerta para recoger el pedido, Anabel, mi oveja, se abalanzó sobre él arrinconándolo contra el pasamanos de la escalera y un ficus el cual hacía mucho tiempo que no se regaba. El repartidor, cuando no tenía la lengua de Anabel en su boca, gritaba en su idioma natal pidiendo auxilio.

No podía entender la actitud de Anabel... Siempre que ella quiso, le preparaba las berzas con almejas; ya que, quitando el marisco fresco, era el plato que más le gustaba.

Sí que he de decir que tiempo atrás empecé a notar grandes cambios en su aspecto físico. Aparte de que fumaba más de lo habitual: fumaba puros coíba de importación. Nunca pude pagarme a mi mismo esos lujos...

Una mañana de mayo, observé que tenía los labios pintados de un rojo brillante carmesí. Se los había pintado con un rotulador de tinta indeleble. Realmente la hacía más atractiva. Pero no le comenté nada, ya que de por sí era bastante presuntuosa.

Hoy, precisamente, he tenido una conversación de adulto-oveja con Anabel. Le he estado hablando de mis ilusiones, de mis esperanzas, de mis sentimientos... Ella, impertérrita, liándose un porro de marihuana, con mirada cínica e indiferente, me ha preguntado: ¿Qué te pasa, cabrón? No me tiene respeto; lo sé...

Le he estado contando que mantengo correspondencia a través del correo electrónico con una mujer somalí, pero que por avatares de la vida, reside en Namibia. Le he dicho que, algo que no me atrevo ni a preguntarme, me hace sentir muy bien cuando recibo correspondencia de ella, y, que si no lo recibo, tengo una profunda sensación de vacío interior. Sin dejarme terminar lo que le estaba contando, me ha escupido en la cara; y me dice... ¡Opérate, hombre, opérate! Por supuesto, no limitándome a reprenderla por su comportamiento, la he amenazado con tirar su Barbie Malibo por la ventana, y que si no cambiaba de actitud, tomaría represalias más contundentes. Me pateó la cara. Como defensa yo le puse pinzas de tender la ropa en los pezones. Ella, cual torbellino arrasando ciudades; cual marabunta arrasando los campos... destrozó mi colección de pañoletas de encaje para la comunión. Ahora... tenías que verle a ella las calvas que le han quedado, que de ser una preciosa alfombra de lana, ahora parece más un queso gruyere.

¡Por fin! Anabel y yo hicimos las paces. Nos hemos reconciliado. Ella, llorando, que me ha puesto el suelo y la ropa perdida de rímel, me ha pedido perdón por su comportamiento; y me ha prometido que no lo volverá a hacer más. La he rodeado con mis brazos metiendo mis dedos entre los rizos de su cálida lana, y le he pedido, por favor, que deje la droga. Que ya bastante la aguanto cuando viene borracha a casa; y ni sé con que corderos habrá estado retozándose. Mira si será mayúscula la borrachera del otro día, que se lió con un pastor alemán. Si hubiese sido con un coli... ¡Por lo menos tienen clase! Qué perra es la hija de puta cuando quiere.

Le dije que se maquillase y que se pusiese algo sintético (ella no valora la lana como nosotros), ya que tenía pensado que saliésemos a comer fuera. La última vez casi me arruina. ¡No tiene un paladar fino ni nada, la muy zorra!

Ella, nunca dejará de ser ella. Empezó a enturbiarse la cosa cuando pude observar que le estaba guiñando el ojo al camarero. Eso no era lo que me preocupaba. Lo que realmente me preocupaba era que la cosa fuese a más. Bien la conozco en sus transitorias alcaldadas: seductora, provocativa, y glotona. En prevención de los ya supuestos acontecimientos, les dije a los empleados del restaurante nada más entrar que le sirvieran la cerveza sin alcohol, y que el whisky que se suele tomar con el café, con mucho hielo; con intención de rebajarlo el máximo posible. No fui lo suficientemente precavido.

¡Lo sabe! Sabe que estas cosas siempre traen malas consecuencias. El otro día, sin ir más lejos, ¡le dejé los pezones en carne viva con las pinzas de tender la ropa! Ella no quiere saber todo lo que me hace sufrir tener que vivir estas situaciones. Por culpa de este tipo de trances, ya estuvimos a punto de romper nuestra relación oveja-persona. Yo, con todo el dolor de mi corazón, le pedí que me devolviera el rosario de mi madre, y que se quedara con los cromos y el yo-yo.

Digo que no fui lo suficientemente precavido, porque, nada más terminar de comer, habiéndose tomado ella 15 vasos de whisky (siempre tirando los cubitos de hielo a mis espaldas), se abalanzó sobre uno de los clientes que vestía ropa de Armani conjuntada con unos bonitos zapatos Dolce & Gabbana. No pude contenerla... Si supiese la razón... ¿?¿?

Recibí un correo de una admiradora, pero... ¡ay!... Lo grave no ha sido eso. Lo grave es cuando ha leído su correo y... -bueno... ¡no hay quien la aguante!- ha leído que pone, “una admiradora”. -¡Ya sabéis lo vanidosa que es!- Ha empezado a decirme que: que a quién admira, que si es a ella o a mí y, cuando he intentado decir algo, me ha puesto una pezuña en la boca mientras le resbalaba una lagrimita por sus largas pestañas. ¡Pero! Cuando la he intentado consolar, me ha metido una patada en los c... y me dice mientras sale corriendo. ¡Que te lo has creído tú, gilipollas! No hay quien pueda con ella; qué hija de puta.

Por lo demás; todo sigue en el mismo orden que estaba. Ella: que quiere que le compre unos zapatos de Dolce & Galbana y unas cositas de Gucci y de Prada. Yo: como no te prostituyas... Aún estoy recogiendo las muelas; a quince metros la más cercana. Recurrí al dentista más cercano, y más barato, por supuesto, para que me recompusiese la boca, ¡no ya sólo como estaba!, sino que, en la medida posible, que me quedara una sonrisa a lo Robert Refor. El presupuesto más económico del que disponía sólo dio para comprar la dentadura de un primo hermano del que le vendía las túnicas a Tutankamón. La vida es cruel. Siempre lo es...

Cuando llegué a casa con la intención de que viese mi nueva dentadura, -bien lavada con sulfumán y brillantada con limpiametales... ¡quedaría preciosa!-, comprobé que Anabel no estaba en casa. Miré en su habitación y me pude dar cuenta de que su pañoleta festiva, la que tanto le gustaba lucir para asistir a la iglesia, al igual que su colección de ropa de diseño, no se encontraba.

La llamé al móvil; a su busca; a su emisora portátil... Nunca obtuve respuesta... La he perdido... La he perdido...

SE OFRECE UNA RECOMPENSA DE 0,50 €A QUIEN ME LA ENTREGUE VIVA.
MUERTA 150 €